

Mi Búsqueda*

Sergio Merino Salas

Arbor CLXXVIII, 703 (Julio 2004), 571-577 pp.

La escasa claridad que pasa a través de las cortinas alumbra mi habitación. La única música que estoy oyendo son las gotas de lluvia estrellándose contra el cristal de la ventana.

Se acerca el ocaso y aunque el sol proyectaría la energía suficiente como para discernir los colores, las nubes se lo impiden. Casi todas las tardes de este octubre han sido así. Es el otoño, del que los pájaros huyen porque seca las hojas de los caducos.

Yo también soy caduco. Como todos ¿no? Pero ese consuelo de tontos no me sirve. Yo soy viejo.

Soy viejo en la cara; largos y profundos surcos serpentean en mi piel. Soy joven de edad; me quedan unos años aún para que la gente de esta sociedad me considere anciano. Soy viejo en el alma, porque surcos más profundos casi la fragmentan. Como dicen muchos, yo tengo más recuerdos que ilusiones; sí, porque he perdido la ilusión, lo que siempre busqué jamás he encontrado, y ahora, a los incontables años, he perdido la fuerza para seguir buscando.

La buscaba de noche y de día. Pernoctaba, pero no dormía de día. Tenía ftofobia y nictofobia. Nunca estaba a gusto.

Me dirijo a abrir la ventana, tengo calor. No me acostumbro al brase-ro eléctrico, y aunque lleva rato apagado aún emana flama. El otro que tiré, el de toda la vida (por eso lo tiré, porque «era de toda la vida»), me servía mejor, pero siempre había estado conmigo y ahora, como no, lo busco junto a toda una vida. Pensaba que me haría ilusión ser más moderno. Así estoy.

* Premio de Narrativa «Ortopedia de Montesinos» del XIV Concurso Literario San Lucas 2004. Facultad de Medicina de Granada.

Al abrir la ventana me abofeteó este viento de la sierra que parece que me ha fracturado los huesos. Pero apetece. Ya de vuelta en mi sillón me quedo anonadado viendo ahuecarse las cortinas. Primero acercándose a mí, inflándose, pero cuando más cerca están, se hunden y se alejan. Así parecen estar condenadas eternamente por una divinidad griega, ¡qué cosas se me ocurren! Es que así estoy condenado yo.

Sí, porque todo en esta vida depende del cristal con el que se mira. Una vez soñé que paseaba por la calle solo, y que me paraba ante una verja. A través de ella veía un bulto que se me acercaba. Era un bulto con forma humana, tanta que cuando se acercó vi que era un hombre. «Pobrecillo», pensé. Pero de pronto me sobrevino un miedo terrible, y sentí que era yo el encerrado. Corrí y corrí para ver el final de esa jaula, pero no existía. El hombre tenía cara de pena pero, lo que en principio pensé que era por soledad, sentí que era por empatía. Sin embargo, algo en mí, en lo muy hondo, me decía que yo era libre y él no. Esa voz era débil y confusa, pero yo la oía, aunque lejos.

Me desperté. Aun no sabía quien era el preso, pero me convencí de que era yo, de que era un animal de zoo al que la gente va a ver para apiadarse, reírse o simplemente dar de comer palomitas.

Eso me frustró durante mucho tiempo, y todavía lo hace. Así estoy.

Las cortinas se han mojado un poco, pero parece haber terminado de llover. Así es esta estación. El otoño, tan castizo hasta en sus letras. Sí, es muy típico su olor, su color...

Algunos lo llaman *fall*, como caída. Es el final de una era, pero pronto llegará otra mejor. A muchos nos llega el otoño alguna vez, y el invierno sólo a muy pocos, pero luego se va. Es como un resfriado, se quita. Pero de mí nunca se ha ido, es decir, nunca me lo he quitado de encima. Siempre he esperado la primavera, pero nunca ha llegado.

Me considero un hombre vetusto, que siempre busqué algo, ese algo que no quiero ni nombrar, que es lo que ha marcado mi vida. Mi vida ha sido una búsqueda. Eso explica toda mi trayectoria, eso explica mi vida.

Tengo dos hijas y un hijo. Éste es el más joven, que lleva mi nombre y después mi primer apellido. Todos parecen haber alcanzado lo que yo siempre busqué, lo que siempre intenté, y me alegro por ello.

Vivo en una pequeña ciudad, capital de provincia, que para muchos es la más bonita de este país. Yo no la creo, porque busqué la más bella y no la encontré. Mi calle es estrecha, oscura y empinada. También es húmeda (dicen que está hecha sobre una acequia, pero yo no me lo creo). A la pendiente se le suman escalones, por lo que, para colmo, he de subir andando.

Soy de estatura media, y estoy en línea (curva), por si me ayudaba a encontrar.

Me vine a la ciudad con los noviales aún. No soportaba el pueblo, las costumbres no eran más que demostraciones de incultura, de mediocridad. Me vine a la ciudad buscando. Hogaño, en la ciudad, no soporto vivir. Existe un ambiente, como una nube que lo rodea todo, de estulticia. Es como el éter y no te puedes librar de ella. Por ejemplo, el brasero eléctrico (no me es fácil ocultar que lo odio) eso que hace unos años me pareció lo más moderno, hoy me parece un armatoste. Echo de menos el brasero de picón de orujo, el fuego de palos de olivo, la puerta entreabierta... Supongo que el brasero es el símbolo que para mí mejor representa la vida en el pueblo, la que tanto aborrecí cuando era joven y que tanto echo de menos ahora.

Lo mismo ocurría con los velatorios. Los odiaba: las muestras hipócritas de pésame de algunos, el féretro en la casa, el luto... justo lo que eché en falta el día en que enterré a mi mujer, en un tanatorio donde sólo acudió la familia (más próxima), tan frío y artificial.

Esto me recuerda que soy viudo, que estoy solo. Por desgracia. Me casé debido a mi búsqueda, y cuando pensé que lo había encontrado (a los 30 años de casado) se fue. La culpé a ella (nunca se lo dije ni se lo demostré), y casi llegué a odiarla. Murió a los pocos años. En principio me alegré, disfrutando por la soltería que anhelaba, pero esta euforia fue pasajera y me sumí en un enorme dolor. La quise, la quería y la quiero. Yo pensaba que nunca pasaría luto por un familiar, pero lo tuve, y mucho. No sólo en la ropa, sino que aun lo tengo en el alma. Así es mi vida, una búsqueda.

Parece que ha dejado de llover. Sí, ya se ven unos reflejos dorados sobre el cristal: está cayendo el sol, ese que está peleado con la noche, pero que no la puede dejar del todo, porque nos da luz a través de la benevolente luna. Es que el sol, con su fuerza y energía, tiene envidia de la noche. Cuando él está, se van las estrellas, tan juntas y brillantes... por eso quiere hacer día la noche. Sólo la luna, que es piadosa, deja que, al menos, sus rayos se presenten. La luna tiene lástima del sol, y hace un sacrificio: si se deja dominar por el sol y da mucha luz, las estrellas que la rodean se alejarán, y estará algo sola, aunque no tanto como él. Yo le tengo envidia a la luna: puede estar siempre rodeada por estrellas. Además el sol la eligió a ella para alumbrar la noche.

Los débiles rayos de luz se extinguen por completo. Será de los pocos atardeceres que quedarán por ver en este otoño. Parece haber sido una señal, como si fuera el último, porque las nubes se han disipado, le han dejado un pasillo para que el sol pueda irse.

Me gusta el atardecer. Para un pobre desnortado, si sólo ve un segundo el sol a esa altura no puede saber si está amaneciendo o atardeciendo. Eso debe ser triste: no puedes saber si llega la noche, fría y oscura, o el día, lleno de luz y de calor; si te recibirá la luna o el sol; si verás al grajo o a la lechuza...

Está oscureciendo y no sé, es un día feo pero tiene algo de encanto. Voy a coger mi zamarra y como no, mi bastón. A mis hijos le hace gracia: en la casa es lo primero que dejo, y cuando salgo lo primero que cojo. No me apoyo en él, porque no me hace falta, pero me parece que así voy más seguro, y no sólo físicamente, sino también para defender mi alma.

Se está levantando algo de viento y las persianas, de esas de las que quedan pocas, se levantan como flotando y se estrellan contra la ventana: en esta zona baja el aire húmedo y frío de esta sierra blanca que casi todos los inviernos hace que me constipe y que, cómo no, lo logrará este año frío.

Ya en la calle, al mirar al suelo, se observan hojas amarillas (color avivado por el alumbrado, que ya está encendido), señal de que ha bajado agua por esta dichosa cuesta. Los adoquines, colocados probablemente antes de que yo naciera, dejan pequeños charcos en los que se pueden reflejar los primeros luceros.

Los magos de la noche. Son magos, o eso me hacen pensar, porque mientras las estrellas deben parpadear para mirar a la tierra, éstos no lo necesitan, y su luz permanece quieta y fija, como hipnotizando a los terrícolas. Me hace ilusión pensar que son ellos los que hacen que las estrellas, más pequeñas (a nuestra vista) parpadeen. También creo que son los luceros los que las hacen aparecer, porque primero aparecen mis magos, y hasta que no se van las estrellas, no desaparecen los luceros.

Voy paseando al pie de una colina, la Sabika, a la vera de un río, al que llaman de oro. Mirando al palacio que corona ese monte, no es difícil hacerse una idea de cómo sería aquel tiempo en el que Alamar y sus súbditos entrarían a la ciudad gritando «Sólo Alah es victorioso», después de haber ganado una importante batalla. Esa fortaleza, adornada como palacio es fuente de inspiración para mi búsqueda, que si se acompaña de un té y de mis soledades no hacen más que recordarme que aún no he encontrado lo que busco.

Sí, llevo toda mi vida buscando la felicidad. ¡La felicidad! Creo que no es una tarea imposible, pero nunca la he encontrado. Yo sé que hay gente que la tiene, que la comparte, pero creo que realmente no la siente. También está la felicidad del inculto, que sólo es capaz de ver donde le llega la vista, que es feliz con una caña de vino antes de almorzar o con

ver el fútbol los domingos. Siento envidia, creo que me arrepiento de mi cultura, que sólo me ha servido para vivir como un infeliz en mi vida emocional, en lo más hondo de mi alma.

Supongo que debe ser como todo, que no hay que buscarla, sólo encontrarla.

Hay quien dice que no se puede ser feliz, que la felicidad es pasajera, que tan sólo (y como mucho) se puede estar feliz. Yo la he buscado por todas partes, y no la encuentro.

Mis hijos y mi mujer nunca han tratado este tema conmigo (y, por lo tanto, ni yo con ellos), pero creo que nunca he demostrado mi infelicidad. Siempre he estado con ellos, en sus buenos ratos como en los malos, y he intentado que lo que yo no he tenido nunca, ni lo tengo aún, no les falte por mi culpa.

Tuve tres hijos porque pensé que un varón con mi nombre me traería la felicidad plena. No la encontré, y me hizo igual de feliz que mis dos hijas. Me vine a la ciudad porque era lo moderno, y yo creí que era sinónimo de felicidad, pero no es así. Y ahora echo de menos lo antiguo. Creo que se llama trastorno bipolar: cuando ya casi soy feliz (casi he encontrado la felicidad) me caigo en un pozo muy hondo del que no se puede salir, donde sólo entra la luz por un orificio apenas visible, que únicamente me permite ver mis propios desperdicios.

Pero ya estoy viejo y cansado. Sí, cuando era joven estaba ansioso por tener más años y con ellos experiencia para buscar, pero veo que me equivocaba. Pensaba que era un problema que se pasaría con la edad (el único problema que se quita con el tiempo es la juventud), pero no es así. Pedía consejos a la edad, pero ésta no respondía, porque era joven. Hoy tengo más experiencia, pero no la suficiente como para encontrar lo que busco. Ahora puedo afirmar que la edad es buena consejera (aunque no perfecta), pero mala estilista.

Sigo caminando por este paseo que, cuánta casualidad, lo llaman de los tristes. La negra melancolía me invade el cuerpo y me llena de un sabor amargo que hace que sienta un malestar. Como siempre, voy mirando al suelo, y me he encontrado un papel con un relato que creo que es de Jorge Luis Borges. Este gran hombre pensaría igual que yo cuando escribía estas líneas. Al menos no soy el único, cosa que aunque no me haga más feliz, sí me hace menos miserable.

Me siento a descansar. Es una plaza con un mirador desde donde se vislumbran multitud de maravillas, pero desde no veo el horizonte. Espero que sea porque es de noche, aunque esto me ocurre siempre, de día y a todas horas, sólo veo la superficie de las cosas, sólo la proximidad, no busco a lo lejos, en lo profundo.

Sólo veo unas distantes luces. Otro día pensaría que la última luz es el horizonte, pero sé que no es así. Sin embargo, no sé porque hoy me doy cuenta de esto. ¿Qué me pasa?

Con el pasar del tiempo la noche se hace más fría. Me apetecería un té caliente en una de estas teterías árabes de éste mi barrio. El problema es que no tengo con quién tomarlo. Me gustaría tomarlo con mis hijos... ¡qué casualidad! Fue mi hijo quien me lo propuso hace unos días y yo lo rechacé: estaba muy ocupado en mi búsqueda, en ese caso concreto hundido en la intelectualidad.

Me estoy empezando a sentir mal. Será por eso que me rondan ideas nuevas por la cabeza. Como ésta de que pase lo que pase hoy, se caiga lo que se caiga o muera quien muera, sólo hay algo seguro: mañana será otro día.

Cada vez estoy peor. Tengo escalofríos y el dolor en el pecho cada vez me va oprimiendo más. Sudores fríos recorren mi cuerpo, empiezo a notar que me falta el aire...

Me he despertado en el hospital. Dicen que es una angina de pecho, ya ves, cuando era niño siempre tenía anginas, y ahora con la edad vuelven.

Cuando he abierto los ojos me he encontrado con una grata sorpresa. Mis dos hijas y mis dos yernos (esos que nunca me gustaron para ellas, porque siempre pensaré que se merecen más), y mi hijo están a mi alrededor. Incluso entre sueños me pareció ver a mi mujer, más guapa que nunca.

Mi hija mayor está embarazada. No sé si es por darme una alegría, pero cuando le he preguntado por su hijo (creo que es de las primeras veces que lo hago) me ha dicho que si quiero le pondrán mi nombre. Ha sido entonces cuando otro escalofrío, distinto al de hace un rato, me ha recorrido el cuerpo, poniéndome el vello de punta y los ojos llorosos. Yo le he contestado que no, que deben ponerle el que más les guste, ya que yo he querido igual tanto al hijo que lleva mi nombre como a las que no lo llevan, y todos me han dado las mismas alegrías. Y es eso, se lo he dicho, creo que por primera vez en sus vidas. Y al verme llorar a lágrima viva, me han dicho que no me preocupe, que cuidarán de mí.

- No, hijos míos, lloro de alegría, de felicidad. Nunca os he dicho lo que os quiero.
- Papá, aunque no nos lo hayas dicho, siempre nos lo has demostrado.

Y entonces los tres me abrazaron al mismo tiempo, mientras yo no dejaba de llorar las lágrimas que durante toda mi vida había aguantado.

Ha tenido que pasar la muerte cerca para darme cuenta que he estado buscando algo que siempre he tenido, que he estado feliz a veces, pero que siempre he sido feliz. Por eso, en cuanto salga de esto voy a quedar con mis hijos y voy a hablar y a disfrutar con ellos y con mi nieto y también, y cómo no, de nuestra felicidad.

Me siento estúpido: ahora que sé que me queda poco tiempo he descubierto que la felicidad la hacen las cosas poco importantes, la rutina... sólo me queda pensar que si he hecho algo mal en mi búsqueda, el tiempo me absolverá.